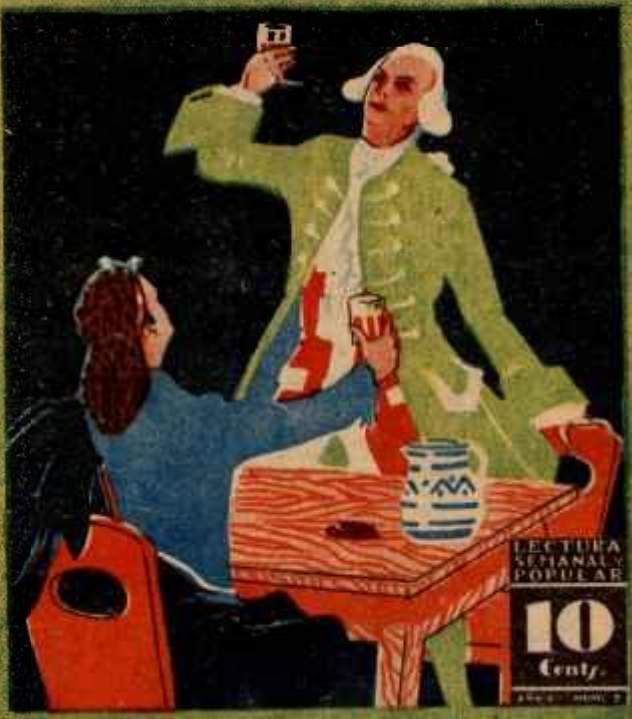

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA SEMANAL POPULAR

AÑO I
NÚM. 7
15 DIC. 1925

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre el señor Policarpo, que habitaba en un portal de mísero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados preguntaron al sastre, y éste ocultó el motivo de la visita.

R.1712

Su intranquilidad aumentaba; le era imposible estarse quieto un solo instante, y al fin exclamó:

—¡Ante todo, seré leal!

Y se dejó en la espuerta la ropa que cosía, fue a su habitación, tomó su capa y su sombrero, y salió decidido a buscar al hijo de la condesa.

El señor Policarpo no debía encontrar inconveniente para ver al ilustre joven, pues ya sabía que con sólo pronunciar su nombre sería bien recibido.

Sin detenerse corrió hasta llegar a la calle del Barquillo, que era donde los condes de Rocanegra tenían su suntuosa morada. Entró en el portal.

—¿Adónde vais, buen hombre?—le preguntó el portero.

—Vengo a buscar al señor don Leandro—respondió el sastre.

—¿Al señor don Leandro? Pues no me parece fácil..

—Soy Policarpo, el sastre...

—¡Ah!

—¿Y que os parece ahora?

—Que veréis a mi noble señor, pero no en este momento.

—¿No está en casa?

—Aun no ha venido.

—Volveré más tarde.

—Os advierto, señor Policarpo, que no puede tardar en volver mi noble señor; y si queréis entretanto descansar en mi aposento, os daré una silla con el mayor gusto, pues habéis de saber que el señor don Leandro tiene dispuesto que se os reciba bien y a todas horas.

—Ya que tan atento sois...

—¡Entrad, entrad!

Hízolo así el atribulado sastre.

Pocos momentos después salió el anciano comendador y fue saludado respetuosamente.

—¡Oh!—murmuró el señor Policarpo— Ese caballero...

—Tiene cara de pocos amigos; ¿no es verdad?

—No me atrevo a decir tanto; pero...

—Es el comendador don Pedro de Saavedra.

—¡Ilustre personaje!

—Tiene una hija hermosa como la misma hermosura. y que en nada se parece a su padre, pues su carácter es dulce como el de un querubín. Con ella querían que se casase el señor don Leandro; pero él dice que aun no quiere perder su libertad de soltero.

—Siendo ella rica y noble...

—El señor don Leandro es caprichoso.

—Eso aseguran.

—Verdad es que yo en su lugar no me casaría tampoco ni con una princesa.

Una vez que el portero había dado principio a la conversación no podía contenerse, y siguió haciendo comentarios, que el sastre escuchó con sorpresa unas veces y otras con indiferencia. Así pasó el tiempo.

Leandro se presentó al fin.

En su semblante revelaba la alegría, porque no abrigaba temor alguno y se consideraba dichoso.

¿Cómo había de sospechar que en aquellos momentos se amontonaban negras y espesas nubes en el horizonte de su porvenir?

Creía que el proyecto de matrimonio con la hija del comendador era un asunto completamente olvidado, y para que su dicha fuese completa no esperaba sino que le favoreciesen las circunstancias.

El señor Policarpo le salió al encuentro.

Al ver al sastre sorprendióse Leandro y exclamó:

—¡Vos aquí!

—Tengo que hablar a vuestra señoría de un asunto de mucho interés.

—¿Esta enferma?—preguntó el joven afanosamente y en tanto que su rostro palidecía.

—A Dios gracias, disfruta de la más completa salud.

—¿Y su madre?

—Buena también.

—Entonces, no adivino...

—Me explicaré; pero no es prudente hacerlo en este sitio.

—¡Venid, venid!—dijo Leandro.

Y empezó a subir presurosamente la escalera.

El sastre le siguió.

Sentíase cada vez más turbado, y un sudor copioso y frío inundaba su rostro.

Cuando acabaron de subir atravesaron algunas habitaciones ricamente amuebladas. Los sirvientes que encontraban al paso miraban sorprendidos al sastre.

Detuviéronse al fin en un gabinete cuyas ventanas daban a un jardín.

—Aquí hablaremos con descuido—dijo Leandro—; pero como el asunto parece grave, no quiero que nadie nos interrumpa.

Y agitó una campanilla.

Presentóse un criado.

—¡No estoy en casa para nadie; absolutamente para nadie; entiéndelo bien!

—Le señora condesa ha preguntado tres veces por vuestra señoría.

—Pronto tendré el gusto de abrazar a mi respetable madre; que se lo hagan presente así, rogándole me perdone si no voy ahora mismo.

El criado se inclinó respetuosamente y salió.

El señor Policarpo permanecía en pie, dando vueltas entre las manos a su sombrero de anchísimas alas.

—Sentaos—le dijo el joven, en tanto que arrojaba so-

bre una silla su riquísima capa y su sombrero y se acomodaba en un sillón.

El señor Policarpo se sentó también.

Cada vez estaba más turbado.

Le deslumbraba todo aquel lujo, y no cesaba de preguntarse:

—¿Y es aquí donde ha de vivir Consuelo? ¡No; esto no puede ser, porque es demasiado para ella!

Y examinaba los riquísimos tapices, los preciosos muebles y los caprichosos adornos, cuyo valor sobraba para hacer la fortuna de diez familias pobres.

—Ahora—dijo don Leandro después de algunos momentos—explicaos sin temor alguno.

Y fijó su mirada ardiente y penetrante en el señor Policarpo.

—Pues la verdad es que no lo entiendo, que estoy aturdido y que dudo si es un sueño lo que pasa. ¿Por qué no he de decirlo con franqueza? No soy tonto, señor don Leandro, y bien se me alcanza que los hombres no hacen las cosas por el solo gusto de hacerlas. Si yo trabajo, es porque necesito trabajar para vivir, y si ahora me tomo la libertad de venir a ver a vuestra señoría, es porque tengo muy grandes razones para hacerlo así; pero el otro, ¿por qué me busca? Y si se mete en lo que parece no le importa, por algo será. Confieso mi torpeza: ese algo no lo adivino, aunque abrigo la esperanza de que vuestra señoría lo adivinará con su gran talento; si, desgraciadamente, no sucede así, habré cumplido mi deber y habré probado que soy leal y agradecido. No quiero cierta clase de responsabilidades, pues podía suceder que algún día se pusiera en duda mi honradez, y la estimo en mucho, porque ha sido muy grande el trabajo que me ha costado conservarla.

Con una impaciencia creciente escuchaba Leandro; pero se dominó, porque conocía demasiado bien al sastre

y sabía que era preciso dejarle explicarse a su manera.

—Vuestra lealtad, señor Policarpo, no la he puesto en duda ni la pondré, así como tampoco olvidaré lo mucho que os debo.

—¡Señor don Leandro!...

—¡Al asunto, si bien os parece!

—Pues señor, yo estaba muy tranquilo y sin ocuparme más que en mi trabajo.

—Siempre os sucede lo mismo.

—¿Conoce vuestra señoría a un caballero que se llama don Godofredo de Guevara?

—No hay en Madrid quien no lo conozca.

—Tiene un ahijado, un hijo, no sé...

—Un mancebo que se llama Querubín, una criatura desgraciada que me interesa, sin saber por qué; aunque supongo que el interés que me inspira consiste en la inteligencia y en los nobles sentimientos que se revelan en su semblante. El infeliz ignora quiénes fueron sus padres.

—Sobre este punto también hablaremos.

—Pero, ¿qué tienen que ver conmigo el señor de Guevara y su ahijado?

—Mucho, caballero.

—Sepamos.

—Esta mañana fueron a verme con el fin de que una capa del protector quedase recortada y arreglada para el protegido.

—¿Y qué más?

—Encontrábanse tras el biombo cuando salió vuestra señoría.

—¿Me vieron?

—Sí.

—Lo siento, porque se harán comentarios.

—No dijeron nada entonces; pero el señor de Guevara volvió después.

—Habrá querido satisfacer su curiosidad, porque no tiene que ocuparse en otra cosa.

El sastre exhaló un penoso suspiro.

—¡Acabad!—le dijo Leandro.

—Pues bien; el caballero empezó por confiarme un secreto.

—¡Un secreto!

—Me dijo que el joven Querubín no era su protegido, sino su hijo, el fruto de un desgraciado amor con cierta ilustre dama que ya no existe.

—Todo puede ser verdad.

—Y luego...

—¿Qué?

—¡Tiemblo, señor; tiemblo!

—No tembléis si vuestra conciencia está tranquila.

—En cuanto a eso...

—Señor Policarpo, me hacéis sufrir con la duda.

—Perdone vuestra señoría; pero...

—¿Queréis concluir?

—El señor de Guevara lo sabe todo, absolutamente todo.

—Pero...

—Para él no es un secreto el amor de vuestra señoría; sabe también lo de vuestro proyectado matrimonio con la hija del comendador don Pedro de Saavedra, y conoce la historia de la pobre Consuelo...

—¡Oh!

—Todo me lo ha referido.

Se contrajo la frente del joven.

El secreto de su amor tenía para él muchísima importancia.

Se hizo la misma pregunta que se había hecho el señor Policarpo.

¿Por qué el señor de Guevara se mezclaba en semejante asunto?

¿Y cómo había podido averiguar lo que nadie más que el sastre sabía?

Éste guardó silencio, y temblando aguardó la sentencia.

Transcurrieron algunos minutos, que fueron siglos de agonía para el señor Policarpo.

—¡No comprendo muy bien!—dijo Leandro al fin.

—Yo tampoco.

—El señor de Guevara sabe que amo a esa criatura infeliz y que soy correspondido.

—Eso es.

—Y de eso deducirá que mi amor es la causa de mis desdenes para la hija del comendador.

—Exactamente.

—Y todo eso lo dice... ¿Con qué fin?

—Lo ignoro.

—Habéis debido preguntarle...

—Cuando quise hacerlo se fue, dejándome con la palabra en la boca.

—¿Y no os ha prometido volver?

—Sí.

—Entonces, lo que ha querido es completar sus noticias, y sin duda vos le habéis dicho lo poco o mucho que él ignoraba.

—No ignoraba más que las virtudes de Consuelo y su desinterés, y sobre ese punto me ha parecido conveniente darle toda clase de explicaciones, pues no me pareció bien dejarle sospechar que Consuelo hacía de su belleza un objeto de especulación.

—Habéis cumplido vuestro deber.

—¡Ah! ¡Ya respiro!

—¿Decís que al señor de Guevara le acompañaba su protegido?

—La primera vez, cuando fueron para arreglar la capa; pero no después.

—¿Parecía interesarse en ese asunto el caballero?

—Mucho.

—Entonces no debemos creer que sólo se proponía satisfacer su curiosidad.

—Nunca me ha parecido curioso, y, además, hay la circunstancia de que la primera vez que se me presentaron hoy no me hablaron de semejante asun a pesar de que vieron a vuestra señoría, y entonces la conversación venía de molde.

—Pero si ya me miraron con interés...

—Con mucho el señor Querubín, según me pareció: pero el caballero apenas se preocupó entonces de otra cosa que de las aventuras de su protegido, diciéndome que éste tuvo anoche un encuentro con no sé cuántos ladrones, que los acuchilló, poniéndolos en fuga, y que su capa quedó inservible; por cuya razón el señor de Guevara se vio en la necesidad de sustituir la prenda como mejor pudo.

—¿Y no fue herido el mancebo?

—Ni siquiera tiene un rasguño; lo cual parece mentira, pues los ladrones eran tres, y, como gente desalmada y acostumbrada a estos lances, debieron de acometerle furiosamente.

—Querubín es casi un niño, y hacer frente a tres hombres...

—Lo he puesto en duda.

—¿Y los ladrones, según parece, destrozaron la capa al mancebo en fuerza de cuchilladas? ¡Extraño lance!

—Pero nada de eso me parece que nos importa.

—¡Esperad!

Leandro inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Hubiérase creído que dormía; pero nunca había estado tan despierto.

Astuto era el señor de Guevara y tenía mucho acier-

to para hacer deducciones; pero en este sentido no valía menos Leandro, porque era uno de ésos hombres que no dejan escapar ningún detalle.

Empeñóse en creer que alguna relación había entre su secreto amor y la singular aventura de los ladrones.

Ya sabemos que se equivocaba; pero no hasta el punto de perder el tiempo en averiguar la verdadera causa de la pérdida de la capa de Querubín, pues conocer el secreto de éste y de la hija del comendador podía ser de mucha utilidad para Leandro.

No ignoraba lo que todos sabían ya en la corte en cuanto al suceso que había tenido lugar la noche anterior en el jardín de la casa de don Pedro; pero no fue esto bastante para que Leandro supusiera que la capa que había puesto en ridículo al anciano comendador era la misma que había perdido el ahijado del señor de Guevara.

También llamó su atención que el caballero, sin más ni más, hubiera ido a confiar al señor Policarpo el secreto que hasta entonces había guardado tan cuidadosamente.

¿No era posible que el protegido del señor de Guevara estuviese enamorado de Consuelo? Esto fue lo primero que Leandro sospechó, y semejante sospecha le haría cometer algunos errores.

Sin saber a qué atenerse, no le convenía dar paso alguno para poner en claro lo que empezaba a ser un nuevo misterio.

Si Querubín aspiraba al amor de la hija de Mariana, procuraría que el secreto de Leandro fuese bien conocido por los condes de Rocanegra para que tomasen parte en el asunto y pusieran a su hijo toda clase de inconvenientes.

¿Era esto lo que se proponía el señor de Guevara? Tal vez.

Por más que Leandro caviló, no pudo en aquellos momentos explicarse satisfactoriamente lo que sucedía.

Preciso era esperar a que el señor de Guevara, cumpliendo lo prometido, hablase otra vez con el señor Policarpo para adoptar una resolución según el giro que tomara el asunto.

Pasóse el joven las manos por la frente, levantó la cabeza, y dijo:

—Por de pronto, es preciso que Consuelo ignore lo que sucede, porque se pondría en gran cuidado con el temor de que la envolviesen en alguna intriga desagradable.

—No le he dicho una sola palabra.

—¿La conoce el caballero ?

—No la conocía; pero la pícara casualidad ha querido que cuando se encontraba allí se presentase Consuelo para llamarme. Sorprendido y admirado quedó al contemplar tanta hermosura, y dijo que ya no extrañaba que estuviéseis ciegamente enamorado de semejante mujer.

—Mucho me interesaría saber si la conoce Querubín.

—Supongo que no; pero la verdad es que nada puedo asegurar sobre este punto.

—Esperaremos.

—Ahora vuestra señoría, si a bien lo tiene, puede darme instrucciones.

—No le diréis al señor de Guevara que me habéis hablado de lo que sucede.

—Nada sabrá.

—Le pediréis explicaciones sobre su conducta, pues ante todo es preciso saber qué clase de interés tiene en que parece que sólo a mí puede interesarme.

—¿Y si nada quiere decirme ?

—Preciso sera que lo dejéis, y entonces vo pondré en claro el misterio.

—Obedeceré con toda exactitud.

—Además, es absolutamente preciso que día y noche estéis con gran cuidado por si ese mancebo anda por los alrededores de vuestra casa; y como quien habla por hablar, y con la mayor indiferencia, nombraréis al señor de Guevara y a Querubín en presencia de Consuelo, logrando así saber si ella lo conoce, siquiera sea de vista.

—He ahí una cosa difícil.

—¿Qué tiene de particular que hagáis mención de esa inverosímil aventura de los ladrones? De cosas parecidas hablaréis muchas veces, y eso no puede ser sospechoso para nadie.

—¡Oh! ¡Vuestra señoría tiene un gran talento! ¡Reconozco mi torpeza, pues no me había ocurrido tan ingenioso medio! Es una noticia como otra cualquiera. Le preguntaré a la pobre Consuelo si conoce al caballero que hablaba conmigo cuando ella llegó, y, como cosa rara, referiré enseguida lo de los ladrones, encomiando el valor de Querubín.

—Perfectamente.

—Si ella los conoce lo dirá, porque nunca miente.

—Y hoy mismo vendréis para decirme el resultado.

—Advierto a vuestra señoría, aunque ya debe de saberlo, que el señor de Guevara es un hombre que se enfada con mucha facilidad, y cuando eso sucede, la mejor razón que encuentra es la espada.

—No lo ignoro.

—Y en cuanto al señor Querubín...

—Supongo que será digno discípulo de su maestro.

—Es audaz como la misma audacia, y cuentan de él tales diabluras, que parecen imposibles.

—No conozco a ese joven, como tampoco a su protector o padre: por casualidad le he visto dos o tres veces; pero repito que mi opinión es favorable a sus sentimientos, y dudo que haya cometido ninguna mala acción, a pesar de todas sus locuras.

—Eso dice también su padre.

—Señor Policarpo —repuso el joven poniéndose en pie—, no olvidéis mis advertencias..

—No las olvidaré.

—Volved a vuestra casa, y no os cuidéis del trabajo.

—Lo primero es servir a vuestra señoría.

—Si algo necesitáis...

—Nada.

—Pues que Dios os proteja.

—Y a vuestra señoría le dé mucha salud y mucha felicidad.

Así terminaron la conversación.

El buen sastre se había tranquilizado, y salió de la casa para volver a la suya.

No se había olvidado el joven de que su madre deseaba verle.

Le esperaban nuevas sorpresas, y muy desagradables, por cierto, porque la condesa debía otra vez ocuparse del proyectado matrimonio con la hija del comendador.

CAPITULO XVIII

Sigue sorprendiéndose Leandro

Leandro, muy preocupado aún, entró en la cámara de su infeliz madre.

Ésta había recobrado su continente tranquilo y melancólico, y recibió muy cariñosamente a su hijo.

No pensaba la condesa plantear entonces de lleno la grave cuestión; pero sí hacer algunas indicaciones, preparando el ánimo de su hijo para que fuese menos difícil la empresa.

—Perdonad, madre mía—dijo Leandro acercándose a su madre y besándola la diestra con tanto cariño como respeto—: no he venido inmediatamente...

—Ya sé que estabas ocupado.

—Aquí me tenéis esperando vuestras órdenes.

—He preguntado por ti, porque deseaba verte; pero nada más—repuso la condesa.

Y desplegó una sonrisa de dulzura sin igual, fijando su mirada intensa en aquel hijo a quien tanto amaba.

Sentóse Leandro en el mismo sillón que antes había ocupado el padre de María, y mientras contemplaba a su madre decía para sí:

—¡Debe de sufrir mucho; lo adivino! Pero ¿por qué? ¡Mi padre, mi padre!...

Involuntariamente dejó Leandro escapar un suspiro.

Su cabeza se inclinó tristemente.

—¿Sufres?—preguntó la condesa después de algunos momentos.

—¡Sufrir!...

—Tu aspecto lo dice.

Cambió de postura el joven, vaciló, y al fin, adoptando repentinamente una resolución, exclamó:

—¡Oh! ¡Soy muy desgraciado!

—¿Desgraciado tú?

—¡Sí, madre mía!

—¡Leandro!...

—Si la mirada del mundo pudiera penetrar en lo más recóndito de mi alma, no sería yo, ciertamente, objeto de envidia. Soy joven, debo heredar una gran fortuna, mis padres me aman, me adulan mis amigos... ¿Qué más puedo desear?

—Ciertamente.

—Y, sin embargo...

—Yo he sido tan torpe como el mundo—interrumpió la condesa—, puesto que he creído que eras completamente dichoso.

—Os habéis equivocado; y puesto que la ocasión se presenta, lo declaro francamente.

La pobre madre fijó en su hijo una mirada escudriñadora.

La frente de Leandro se había contraído.

Por algunos momentos guardaron silencio, porque no se atrevían a decir lo que pensaban, lo que sentían, lo que los hacía sufrir horriblemente.

La ternura filial había hecho que Leandro empezara a olvidarse de su difícil situación con respecto a la bellísima Consuelo.

En aquellos momentos era hijo no más, y se sentía profundamente conmovido.

Ya debía estar sobradamente acostumbrado a la melancólica tranquilidad de su madre, y, sin embargo, aquel día sintió lo que nunca había sentido.

Nada de particular había hecho ni dicho la condesa. Su aspecto era el mismo de siempre, y las mismas sus palabras.

Lo que Leandro sentía no podía explicarlo, porque era puramente instintivo.

Ni siquiera sabía que hubiese estado allí el comendador; no podía sospechar ni remotamente lo que había sucedido, y, a pesar de esto, hubiera jurado sin vacilar que su madre sufría como no había sufrido nunca.

Miró Leandro hacia una de las ventanas, y le pareció que el sol no brillaba como siempre.

Hubo momentos en que no respiraba con facilidad.

Su corazón estaba dolorosamente oprimido.

En cuanto a la condesa, nada tenemos que decir, pues sabemos ya hasta qué punto sufría la infeliz.

Aquellas dos almas grandes y generosas se comprendían sin necesidad de explicaciones.

Si el uno estaba triste, por más que ocultara su dolor, no era posible que se alegrase el otro.

—¿Y por qué sufres?—preguntó al fin la condesa.

—Porque vos sufrís—respondió Leandro sin vacilar.

—¡Yo!—murmuró ella.

—Sí, madre mía: sufrís mucho. Sois la más desdichada de las criaturas; una mártir cuya sublime abnegación no ha podido comprender el mundo, cuyo sacrificio no ha podido apreciar nadie más que yo.

—Te equivocas, Leandro.

—¡Que me equivoco!

—No negaré que me ha hecho sufrir el carácter de tu padre; pero...

—Madre mía—interrumpió Leandro sin poder contenerse—, hay algo más que no me explico, algo que ocultáis, y que no es posible adivinar. ¡Oh, sí; en vuestra vida hay un misterio, y ese misterio!...

—¡Leandro, Leandro!—exclamó la condesa.

Y temblando, profundamente agitada, fijó en su hijo una mirada que lo mismo era de terror, que de afán indescriptible, de mortal angustia.

—¡Un misterio!—exclamó con voz sorda la desdichada madre.

¿Acaso su hijo conocía también el terrible secreto? Esto fue lo primero que pensó la infeliz. Y al sospecharlo se sintió anonadada.

Su rostro, antes pálido, tornóse lívido.

Sus miembros temblaron convulsivamente.

A pesar de su antigua costumbre de dominarse, no pudo ocultar lo que sentía.

Púsose en pie Leandro, se acercó a su madre, le cogió las manos y se las estrechó cariñosamente, diciendo con acento de inmensa ternura:

—¡Se desfigura vuestro semblante! ¿Qué os sucede? ¡Dios mío! ¿Os han ofendido mis palabras? ¡Si así fuese, yo mismo me arrancaría la lengua!

—No; tú no puedes ofenderme, hijo mío.

—Entonces...

—Lo que acabas de decir me ha sorprendido, y la sorpresa...

—¡Perdonad!

—Creí que eras dichoso.

—Dichoso podéis hacerme si aseguráis que no tenéis otro motivo de sufrimiento que la conducta que con vos observa mi padre.

—Ninguno más—dijo la condesa con voz insegura.

—Pues, siendo así, cuando mi padre parece arrepentido y cambia de proceder...

—Sufro entonces porque estoy convencida de que su arrepentimiento no es más que el cansancio, y que, más o menos tarde...

—¡Otra vez os pido perdón, madre mía!—interrumpió el joven empezando a discutir contra su voluntad—He advertido que cuando mi padre se olvida de sus desórdenes, cuando por algunos días es esposo tierno, sufrís doblemente. ¿Cómo se explica eso? Lo repito: en vuestra vida hay misterio, y ese misterio constituye mi martirio. Muchas veces me he preguntado si mi madre sería feliz contando con el auxilio de un gran corazón, y si el mío no es bastante...

—¡Me atormentas, hijo mío!

—¿Con quién hay que luchar? ¿En qué consiste vuestra desgracia? ¿Dónde está el enemigo a quien es preciso aniquilar para que se desvanezcan vuestros temores? ¡Decidlo, madre mía—añadió el joven en tanto que de sus ojos se escapaban corrientes de fuego— ¡Os amo, os adoro, el valor me sobra!

—¡Recobra la calma!

—¡Que recobre la calma! ¿Quién os hace sufrir; quién?

Una vez que había pronunciado el joven las primeras palabras sobre aquel gravísimo asunto, no debía detenerse.

Ya no se acordaba de su propia situación.

Ya no pensaba más que en su madre.

Una expresión terrible animaba su rostro.

La condesa se sentía cada vez más turbada.

No acertaba entonces a fingir; y, además, ¿qué conseguía con seguir ocultando su secreto?

Más o menos tarde tendría que decírselo todo a su hijo, porque sólo así conseguiría que éste se casase con la hija del comendador.

Empero cuando hay que hacer algún gran sacrificio se dilata cuanto es posible el momento en que ha de consumarse.

No veía la condesa esperanza de salvación, y, sin embargo, creía que las circunstancias podrían favorecerla.

Mientras el implacable comendador se resignase a esperar, ¿para qué dar el paso decisivo?

Las ideas más extrañas surgen en la mente del que se encuentra en esas situaciones que engendran la desesperación.

Entonces se hacen todas las suposiciones, hasta las más absurdas, y se fundan esperanzas hasta en lo imposible.

Esto consiste en que hay situaciones que no se aceptan sino cuando es absolutamente forzoso, y aun algunas veces, para no aceptarlas, prefiere la criatura poner fin a la existencia.

Decimos esto porque entre sus esperanzas había contado la condesa con la posibilidad de que el anciano comendador enfermase y muriese en breve plazo, lo cual a nadie sorprendería.

¡Pobre madre!

El comendador no debía morir tan pronto como a ella le convenía, ni ella había de hacer nada para que el comendador muriese.

También pensó la condesa que los sufrimientos podrían matarla, en cuyo caso la cuestión quedaría resuelta.

¿Por qué no dilatar algunos días las espantosas revelaciones?

Mientras el padre de María no dijese que había llegado el momento de decidir, la condesa guardaría silencio, porque a toda costa quería aparecer con la conciencia inmaculada ante su hijo.

Cada día que así transcurriese era un tesoro para aquella madre infeliz.

—¡Madre mía —dijo Leandro con creciente exaltación—, explicaos, explicaos! ¡Satisfaced mi justo anhelo! ¡Os lo suplico en nombre del amor que me tenéis!

—Nada puedes hacer contra mi terrible enemigo.

—Pero ¿quién es?

—¡La fatalidad!—dijo la condesa con voz sombría.

—¡La fatalidad!

—¡Mi negro destino que ha de cumplirse!

—¡Siempre el misterio!

—¡Pídele a Dios no saber jamás sino lo que ahora sabes; pídele que tu mirada sea torpe para penetrar hasta el fondo de mi alma dolorida, de mi corazón destrozado!

—¡Oh!...

—¡Si hay misterio, no intentes nunca descubrirlo!

—¡Esto es horrible!

—¡Basta, hijo mío; basta!—replicó la condesa haciendo el último esfuerzo para conservar su valor y dominar su trastorno.

—Mi querida madre...

—Siéntate, Leandro.

Hizo el joven un gesto de desesperación, volvió a sentarse y quedó silencioso y sombrío.

Los ojos de la condesa se humedecieron.

—He querido verte—dijo—, porque tú eres mi única afección, porque a tu lado soy dichosa.

—¡Y yo os atormento!

—Hablemos de otro asunto.

—¿Puedo acaso olvidar que sufrís ?
—Supongamos que no sufro.
—Pero...
—No te pido más que una suposición.
—Si no sufrieseis...
—¿Serías feliz ?
El joven vaciló un instante, y luego dijo:
—¡Sí!
—Leandro, tú no sabes lo que es la mirada de una madre.
El joven se estremeció, inclinó la cabeza y quedó silencioso.
La condesa prosiguió diciendo:
—Para la mirada de una madre no hay nada oculto. Tú quieres adivinar un secreto mío, y todos tus esfuerzos son vanos, mientras que yo adivino fácilmente los tuyos.
—¿Y por qué decís eso, madre mía ?
—Hemos hecho una suposición; te he preguntado...
—He respondido.
—Pero no has dicho la verdad—replicó la condesa.
Y al decir esto fijó en Leandro una mirada penetrante
—Si fueseis dichosa..
—También sufrirías.
—¿Y por qué había de sufrir ?
—Porque también guardas un secreto, porque también hay algo en tu vida que el mundo no acierta a comprender.
—¡Os equivocáis!
—¿Deseas algo ?
—¡Vuestra felicidad!
—¿Nada más que eso ?
—¡Nada más por ahora!
—¿Te atreverías a jurar que no mientes ?

—¡Lo repito, madre mía; por ahora no deseo más: os lo juro!

No mentía Leandro, pues por entonces satisfecho estaba con el amor de Consuelo.

—Está bien—dijo la condesa.

—¡Me dirigís preguntas bien extrañas!

—No menos extrañas son las que tú me has dirigido.

Sobradamente comprendía el joven que algún suceso grave había tenido lugar aquel día, y para creerlo así se fundaba en el aspecto de su madre, y en el giro que ésta procuraba dar a la conversación.

Pero era imposible que el joven adivinase la verdad.

La condesa quería, como ya sabemos, hacer algunas indicaciones sobre las exigencias del comendador: había meditado y trazado su plan para dar principio a la conversación; pero el plan acababa de desbaratarse con las preguntas del joven.

Tuvo la condesa que reflexionar nuevamente, y por eso otra vez callaron.

Cuando ella rompió el silencio se concretó a preguntar con indiferencia:

—¿Qué hora es?

Y fijó la mirada en el reloj.

—La una y media—dijo Leandro.

—Tu padre debe venir pronto.

—A menos que coma con algunos de sus amigos.

—Todo es posible.

—¿No habéis salido a pasear?

—Pensé hacerlo, porque aquí sola me aburro; pero ha venido una visita y he pasado una hora agradablemente.

—¿Quién ha venido?

—El comendador Saavedra.

Por un instante arrugó el entrecejo Leandro.

—Mucho se habla hoy del comendador—dijo.

—¿Pues qué sucede?

—Anoche hubo en su casa un gran escándalo, y, si es verdad todo lo que se cuenta...

—Comprendo.

—¿Os ha hablado de ese asunto?

—Sí; y aunque el suceso no tiene importancia, don Pedro está agobiado.

—No sin razón.

—Tiene miedo a los murmuradores.

—Ya se hacen graves comentarios, pues hay quien asegura que la hija de don Pedro pasaba las noches en su jardín y a solas con un hombre, lo cual hace a su reputación grandísimo mal.

—Lo que hay de cierto es que un hombre se introdujo en el jardín, y fue bastante astuto y hábil para burlarse del comendador y de todos sus criados; pero María estaba en su aposento, y nadie, sin mentir, puede asegurar otra cosa.

—No lo dudo.

—Supongo que para ti nada habrá perdido esa criatura virtuosa.

—No os equivocáis, madre mía, pues no acostumbro juzgar tan ligeramente cuando se trata de la honra de una mujer.

—Eres noble y juicioso.

—Creo que la hija del comendador es un ángel, un tipo raro de virtudes, una de esas criaturas que prefieren mil veces morir antes que olvidar sus deberes.

—Bien; muy bien, hijo mío.

—Se ha introducido en su casa un hombre que bien pudo ser un ladrón; pero como esto no tiene interés alguno, los ruines murmuradores se han visto en la necesidad de darle otro carácter al suceso.

—Sin embargo, aun los que mejor piensen pueden dudar, y la duda, cuando se trata del honor de una mujer,

hace casi tanto daño como la certidumbre; la sospecha en tales casos perjudica poco menos que la realidad.

—Según.

—Tú mismo, que tan favorablemente juzgas a la hija del comendador, vacilarías tal vez ahora para casarte con ella.

—Si la amase, no vacilaría.

—Es decir...

—Que hoy vale para mí la hija de don Pedro tanto como ha valido siempre; que la considero igualmente pura, igualmente virtuosa, y con cualidades suficientes para hacer feliz al más exigente de los hombres.

—Mucho me agrada oírte hablar así, porque no ignoras...

La condesa se interrumpió.

—Sí—dijo Leandro—, no olvido que mostrasteis deseos de que yo uniese mi suerte a la de María; pero como eso no ha de suceder...

—¿Y por qué?

—Ya lo sabéis; porque a pesar de sus virtudes y de su belleza, no la amo.

—Puedes amarla.

—¡Nunca!—replicó el joven con acento de convicción profunda.

—¿Acaso tu corazón se interesa por otra mujer?

—Sin amar a ninguna, puede serme indiferente la belleza de María.

—Pero si en ella reconoces las mejores prendas...

—No es eso bastante, madre mía. Sobre este punto me expliqué en otra ocasión, me comprendisteis perfectamente y me dejasteis en completa libertad. Todavía recuerdo vuestras palabras. No—me dijisteis—; no quiero que seas esposo de otra mujer que la que ame tu corazón, porque ni la belleza ni la virtud ni el dinero son bastante para la dicha cuando no se ama. Yo me casé para obedecer a

mi padre, y el resultado lo conoces bien. Que sea tu esposa aquella a quien amas y de quien seas amado, que con tal que su honra esté pura, tu dicha será completa.

La pobre madre vió que el joven estaba dispuesto a defenderse con las mismas armas que ella le había dado, lo cual la colocaba en una situación extremadamente crítica. Y como si hubiera dicho poco, Leandro añadió:

—Y sobre este punto, madre mía, hicisteis mil reflexiones, convenciéndome más y más de que mi resolución era acertada. Vuestras opiniones y consejos valen siempre mucho para mí, y doblemente cuando están de acuerdo con mis ideas.

—Piensa, hijo mío, que he podido equivocarme; y si algún día cambio de opinión...

—No puede suceder así, porque antes habrías de cambiar de sentimientos.

—Sin embargo...

—A nada conduce ahora discurrir sobre este asunto, y, por consiguiente...

—Tal vez te equivocas.

Miró el joven con extrañeza a su madre.

—No os comprendo.

—Te he dicho ya que el comendador me ha visitado.

—¿Y todavía insiste en su deseo de que yo sea esposo de su hija?

—Insiste; y tales razones ha expuesto, que he principiado a vacilar.

—¡Madre mía!— exclamó Leandro con tono de estupor.

—¿Nunca te ha sucedido cambiar de parecer?

—Cuando me equivoco, lo confieso; pero ahora no se trata de un error que se haya cometido al apreciar los sentimientos de otra persona, sino que se trata de mis propios sentimientos, y sobre este punto, madre mía, no puedo equivocarme.

—Pues precisamente en cuanto a sus sentimientos se engaña más fácilmente la criatura, y si no se equivoca en lo que siente, es muchas veces torpe para apreciar las consecuencias.

Leandro se sintió aturdido. Ya no le quedó duda de que su madre había cambiado de opinión, y comprendió también que había deseado verle para hablarle de María.

¿Qué razones eran las que había dado el comendador ?

No parecía que razonamiento alguno fuese bastante para tan repentino cambio.

Y si la madre se empeñaba, al hijo no le quedaría otro recurso que rebelarse abiertamente, lo cual le parecía horrible al joven.

Por un lado, la curiosidad inexplicable del señor de Guevara, y por otro, el cambio de opinión de la condesa.

¿Había relación entre aquellas dos circunstancias ?

Tal vez.

¿Obedecía todo ello a un plan detenidamente combinado por el padre de María ?

En vano caviló el joven.

Para no comprometerse, le pareció que lo más acertado era poner término a la conversación, y dijo levantándose:

—Madre mía, os suplico que otra vez reflexionéis, teniendo en cuenta que se trata de mi porvenir, de mi dicha, la dicha del hijo que tanto os ama.

—¡Escúchame, Leandro!

—En estos momentos estoy aturdido, y os agradeceré que dejéis para otro día esta conversación.

—Sea como quieres, pero a mi vez espero que reflexiones.

Por fortuna de Leandro se presentó una doncella para

decir que el señor conde acababa de llegar y que había mandado que sirviesen la comida.

No es esta ocasión de presentar al conde, aunque bien pronto lo haremos, porque en esta historia tiene reservado un importante papel.

Sólo diremos por ahora que durante la comida se pronunciaron poquísimas palabras, y que el conde de Rocanegra parecía no menos preocupado que su esposa y que su hijo.

Dos horas después volvía éste a su habitación.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó— ¿A quién debo acudir? ¿De qué medios he de valerme para poner en claro lo que pasa?

Después de mucho reflexionar, decidió ir a ver al señor Policarpo para pedirle nuevas explicaciones y saber si ya había hablado de Querubín y del señor de Guevara en presencia de Consuelo.

Ciñó, pues, su espada, tomó la capa y el sombrero y salió.

Entretanto, la infeliz condesa, otra vez sola en su gabinete, lloraba y se entregaba a todos los transportes de su dolor.

Su hijo no cedería, y para obligarle sería preciso revelarle el horrible secreto; sería preciso ponerle en la espantosa alternativa en que ella se veía colocada por la intransigente crueldad y el egoísmo del comendador.

Y, sin embargo, nada valía lo que hasta entonces había sucedido comparado con lo que debía suceder, pues la situación había de complicarse muy en breve, siendo para todos mucho peor de lo que ya era.

El conde se había encerrado también en su cuarto, advirtiendo que no quería que nadie le molestase.

CAPITULO XIX

Juana da pruebas de su ingenio

Ya no era menester que el protegido del señor de Guevara espiase al hijo de la condesa, puesto que habían averiguado cuanto por entonces necesitaban saber.

Leandro amaba, y su amor podía ser un gran recurso para que María se defendiera.

Así lo había comprendido Querubín, y sobre este punto estaba de acuerdo con el señor de Guevara; pero había la dificultad de las entrevistas con la hija del comendador, y tal vez pasarían algunas semanas antes de que la traviesa doncella encontrara medios de introducir en la casa al atrevido mancebo.

Muy detenidamente conferenciaron protector y protegido.

El primero estaba decidido a todo; pero siempre partiendo de la suposición de que era su hijo Querubín, pues esto le parecía un gran recurso que mejoraba la situación del mancebo.

En cuanto al sastre, determinaron dejar que pasasen algunos días sin darle más explicaciones, pues así a nada se comprometían ni había peligro de que cometiesen un error.

No era esto un verdadero plan; pero, por de pronto, creyó Querubín que su situación había mejorado mucho.

Leandro no era un rival temible desde el momento en que estaba enamorado de la hija de la señora Mariana, pues siendo su amor verdadero, como parecía, él mismo pondría toda clase de inconvenientes cuando se tratase de su matrimonio con la hija del comendador.

Como el señor Policarpo no había omitido detalle al-

guno al referir la historia de Consuelo, Querubín pudo apreciar con toda exactitud la situación de la desgraciada joven.

Después de mucho reflexionar, creyó el mancebo que, más o menos tarde, podría entablar relaciones con el ilustre Leandro, haciendo con éste lo que pudiera llamarse una alianza ofensiva y defensiva.

Semejante plan no le pareció realizable al señor de Guevara, que dijo a su ahijado:

—Esas alianzas significan siempre el auxilio mutuo.

—Así es la verdad.

—El hijo de la condesa puede favorecerte sin más trabajo que resistir a las exigencias de su madre y del comendador.

—¿Y os parece poco ?—preguntó Querubín.

—No.

—Pues entonces...

—¿Qué puedes ofrecer a don Leandro ? He ahí la dificultad.

—Ayudarle, para que también se cumplan sus deseos.

—¿Tienes medios para hacer que los condes de Rocanegra consientan en que su hijo se case con una infeliz como la hermosa vecina del señor Policarpo ?

—No, padre mío.

—Pues si no puedes ofrecerle eso...

—La dicha de esa joven depende de que su madre pueda dar explicaciones de su historia.

—Y la madre no habla, ni tú eres médico para devolverle la salud.

—Me parece que han sido torpes los que rodean a esa pobre mujer.

—Han apelado a toda clase de medios.

—¿Creéis que no se les ha olvidado ninguno ?

—Me parece que no.

Querubín desplegó una leve sonrisa.

Sus negros ojos brillaron con el fuego de la inspiración.

El señor de Guevara le miró con extrañeza y preguntó:

—¿Te parece posible conseguir que hable la señora Mariana?

—Es difícil, pero no imposible.

—¡Querubín!

—Necesito meditar, y, sobre todo, conocer a esas dos mujeres.

—¡Vive el cielo! ¿Sabes lo que estoy pensando?

—Lo sabré si me lo decís.

—Eres demasiado atrevido.

—Tal vez.

—Temo que te ciegue la vanidad.

—Todo es posible—respondió el mancebo con fingida humildad.

—Debes tener presente que don Leandro de Sandoval no es tonto.

—Ya lo sé.

—La hija de la señora Mariana, a juzgar por su semblante, tiene sobrada inteligencia.

—No lo dudo.

—Además, los médicos...

—No han pensado más que en recetar.

—Nadie ha encontrado ese medio.

—Pues yo...

—¿Lo tienes?

—Abrigo la esperanza de conseguir lo que parece imposible.

—Eso sería lo mismo que hacer milagros.

—¡Padre mío!...

—Vuelvo a decirte que la vanidad te ciega.

—A los enamorados todo nos parece fácil.

—Ahora dices la verdad.

—Nos entregamos a ilusiones.

—Querubín, es preciso que te expliques.

—Lo haré mientras comemos.

Estas palabras hicieron exhalar un suspiro al buen hidalgo, porque le recordaban la escasez de sus recursos.

Eran ya las tres de la tarde, y se encaminaron a la hostería para satisfacer su apetito.

¿Qué hacía entretanto la traviesa Juana?

Encontrábase en el mayor de los apuros, porque su joven señora le había dicho que era absolutamente forzoso que Querubín entrara en la casa.

La sirviente caviló, fue y vino, revisando puertas y ventanas y calculando como el general que reconoce el terreno donde ha de presentar la batalla; pero por todas partes encontraba obstáculos insuperables.

No se había equivocado al decir que era imposible que el enamorado joven entrase por el balcón.

Tampoco había que pensar en el jardín, puesto que, aun escalando la tapia, nada se conseguiría.

En muchas puertas se habían cambiado las cerraduras y Andrés debía de vigilar durante la noche.

No quería darse por vencida la doncella, porque su amor propio estaba ya interesado en aquel asunto.

Había recorrido casi toda la casa, el piso bajo, el principal y el segundo, y, no sabiendo qué hacer, subió a las guardillas y desvanes.

¿Qué buscaba allí?

Nada, porque maquinalmente iba y venía, contemplando las paredes y los techos como si allí hubiese de encontrar la solución del problema.

En uno de los camaranchones se detuvo, acercóse a una ventana y se asomó.

No podía ver desde allí más que los tejados y las guardillas de las casas cercanas.

—¡Oh!—murmuró con despecho— ¡Por primera vez en mi vida tendré que decir que no puedo!

Inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

No podía haber buscado mejor sitio para reflexionar, pues no había temor de que nadie la interrumpiese allí.

Absorta quedó en sus pensamientos.

A los pocos momentos se estremeció al oír una voz que le decía:

—¡Buenas tardes!

Volvió Juana la cabeza y vio a una mujer asomada a la ventana de una guardilla de la casa de al lado.

Era una pobre lavandera a quien Juana, de parte de su señora, había socorrido muchas veces, porque la infeliz, viuda, con un pequeño hijo y sin más recurso que su trabajo, encontrábase con frecuencia en los mayores apuros.

Desagradábale a la doncella que en aquellos momentos le diesen conversación, pues ya sabemos que tenía mucho y muy grave en que pensar; pero no podía dejar de corresponder al cariñoso saludo de la pobre vecina, y respondió:

—¡Buenas tardes, señora Petra!

—Deseaba veros—repuso la viuda—, pues aunque no soy curiosa, hay ciertos sucesos que me llaman la atención.

—¿A qué os referís?

—Al susto que llevé anoche.

—¡No adivino!...

—Desperté sobresaltada, porque sonó un tiro.

—Es verdad.

—Y esta mañana me han dicho que en vuestra casa habían entrado ladrones, que había tenido que acudir la justicia, que pasasteis la noche en vela, y no sé cuántas cosas más.

La luz se encuentra cuando menos se busca, y esto precisamente le sucedió a Juana, pues para ella fue un ra-

yo de luz que la vecina le hablase de lo sucedido la noche anterior.

Empezó a cambiar de expresión el semblante de la traviesa sirviente, y su mirada se fijó escudriñadora en la viuda, que prosiguió diciendo:

—Tan sobresaltada desperté, que de un brinco me puse de la cama en el suelo, y aunque la noche estaba fría, corrí a la ventana y me asomé.

—¿Qué visteis?

—Desde aquí apenas se descubre una pequeña parte del jardín de vuestra casa; pero me pareció distinguir luces y oír ruido de muchas voces. Alguna desgracia había sobrevenido: eso no podía ocultárseme.

—Una desgracia, y muy grande.

—¡Jesús!

—¿Y os han dicho que entraron ladrones?

—Sí; pero otros aseguran que los ladrones nada tienen que ver con lo que anoche pasó.

—Señora Petra, sois una buena mujer, y creo que estáis agradecida a los favores que os ha hecho mi señora, pues es preciso que sepáis que solamente mi señora es la que ha tomado en consideración vuestras desgracias.

—Bien sabe Dios que deseo pagarle, aunque sea con la vida; pero soy una desdichada que nada valgo, y para nada puede necesitarme vuestra noble señora. Yo hubiera corrido anoche para ofreceros auxilio; pero nada me era posible hacer más que molestaros, y se hubiera creído que no me llevaba más que la curiosidad.

—Pues bien; ha llegado la ocasión de que se ponga a prueba vuestra gratitud.

—¿De veras?—dijo con verdadera alegría la viuda.

—Sí.

—¿Y qué puedo hacer en beneficio de vuestra ilustre

señora ? Decídmelo, y veréis cómo no vacilo, aunque sea menester arriesgar la vida.

—¡No se necesita tanto!

—Hablad.

—Ahora es imposible.

—¿Queréis venir a mi pobre casa ?

—No puedo, sin infundir sospechas.

—Entonces...

—Vos tampoco podéis venir, porque no hay pretexto que justifique vuestra visita.

—Pero ahora nadie nos escucha, según me parece.

—¿Quién nos responde de que algún vecino curioso no esté escuchando oculto junto a la ventana ?

—Es verdad.

—El mejor medio de que nadie se entere es que demos fin a nuestra conversación.

—¿Me veréis mañana ?

—Esta noche.

—¿Dónde y a qué hora ?

—Os lo diré por señas; si no sois torpe, me entenderéis; y si tantos deseos tenéis de servirnos, os sobrará el valor para hacer lo que yo os diga.

—El valor me sobra, porque ya os he dicho que soy agradecida.

—Pues miradme con atención.

Desde otras guardillas podían escuchar, pero no ver lo que Juana hacía.

Movió ésta las manos para explicarse por señas. No debía de ser torpe la viuda, porque comprendió inmediatamente; pero su rostro se contrajo, porque era demasiado atrevido lo que Juana le proponía.

—¿Vaciláis ?—preguntó la doncella.

La pobre mujer miró tan atentamente el tejado como si una por una contase las tejas, y después de algunos momentos respondió:

Continuará en el número 8

En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía.

Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterró. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo.

Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador don Pedro, hombre malvado, seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro de Sandoval.

En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir a pesar de intentarlo al ver que su madre no era feliz, que sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró locamente de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo.

La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro, el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó de allí la noticia de su muerte.

Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Volvió a ver a doña Margarita. Reanudaron sus amores, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto, hasta que pudiera legitimar su unión con doña Margarita. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid y reanudó su vida al lado de la condesa.

Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle.

Amargado, se retiró a vivir a su gran palacio, mientras la pobre condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinmente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Con objeto de sacar partido a aquel secreto, hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija.

Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. El conde, a quien no le importaban su mujer ni su hijo, lo dejó a elección de ellos. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Pero don Pedro, que estaba dispuesto a todo para efectuar aquella boda, porque le convenía, descubrió a la condesa que conocía su secreto y que, además, sabía dónde se encontraba el hijo perdido y podía devolvérselo. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, ni le ayudaba a descubrir a su hijo, ni callaría el secreto: se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

ENIGMA 1.ª serie

1	— J. Mary	—	Rultabos
2	— »	—	El bufón por sacrificio
3	— »	—	¡Por ella!
4	— »	—	La astucia de una mujer
5	— »	—	La venganza del Destino
6	— »	—	El secreto de Mari-Rosa
7	— »	—	Ultraje Mortal
8	— Estaunié	—	[illegible]
9	— G. Leroux	—	[illegible], tomo I
10	— »	—	» » II
11	— G. Leroux	—	El corazón secuestrado
12	— »	—	Rouletabille en Rusia
13	— Le Rouge	—	El náufrago del espacio
14	— »	—	Al astro espantoso
15	— [illegible]	—	El capitán Lagarde de Jarzac
16	— »	—	Los amores de Francisco I y la Gioconda
17	— »	—	La marquesa dolorosa
18	— »	—	La favorita
19	— »	—	[illegible]
20	— »	—	[illegible]

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÚSTICA .... 2,50 PESETAS.